

fieles, que hasta hace bien poco se identificaban con el común de los mortales? Pues algo que, parejo al rencor y un poco por debajo del odio, bien se puede considerar perteneciente al ámbito mismo de las pasiones: el resentimiento, que viene a constituirse (por ej.: pp. 17, 304, 405, 412) en el primer motor del comportamiento eclesiástico. Un resentimiento, ni qué decir tiene, con sus ribetes de sadismo en no pocos casos. Ahora bien, pareciendo cuando menos dudoso que se le puedan atribuir motivaciones primordialmente psicológicas (o teológicas: la naturaleza humana corrompida por el pecado original) a asunto histórico de tal envergadura, intentemos ver la cuestión desde otro punto de vista. Lo que pone de manifiesto el texto, como otros muchos de sólida erudición (y muy en concreto el libro de Brown que Temprano utiliza en la edición original⁴) es esa lucha imposible del cristianismo —y en general de lo que Gustavo Bueno denomina «religiones terciarias»— por lograr un dominio absoluto del cuerpo y de la mente; en fin, del ser humano... A pesar de que el cristianismo ha sabido dar cabida en su imaginario a todas las pulsiones del psiquismo humano, lo que resulta un factor nada desdeñable, si queremos transitar por la senda psicológica, a la hora de explicar su fuerza y perdurabilidad, lo cierto es que el ser humano y más en concreto el cuerpo y la imaginación, se rebelan; se le rebelan a los primeros eremitas del desierto, se le rebelan a fray Luis de Granada («Pensaba que estaba ya mortificada mi voluntad, y agora hállola tan rebelde y tan dura como antes» (p. 365)), a Quevedo, a Unamuno y a cualquier cristiano, uncido de por vida a la noria penitencial, en un bascular esquizofrénico e interminable entre pecado —y condenación eterna, por tanto— y arrepentimiento. La mejor prueba es el inacabable rosario de textos que, con buen temple de investigador, desgrana el autor y que abarcan, como ya queda indicado, un lapso de varios siglos. La reiteración de los mismos en tan dilatada secuencia revela el histórico fracaso del empeño. Los textos parecen machacar en frío; el cristiano pecaba, sigue pecando... a lo largo de su vida, a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía. La ética cristiana resulta bastante poco practicable para la inmensa mayoría de los

mortales y se instala en la historia al precio de su incumplimiento sistemático (por eso todos somos pecadores a la corta y a la larga) y con la ayuda de esa ambigüedad constitutiva de la Iglesia Católica que tan bien ha señalado Puente Ojea⁵. El cúmulo de sufrimientos que esta ética ha causado a sus adeptos es imposible de cuantificar y constituye, sin duda, una de las más graves responsabilidades históricas de la religión cristiana. Responsabilidades —las históricas— que, por otra parte, no suelen ser exigidas por ningún tribunal, y de las que el autor se constituye en fiscal airado y un tanto reiterativo a lo largo del libro. Y es que, sin duda, se ha tomado los textos al pie de la letra; es decir: se los ha *creído*, como a buen seguro, y para su desgracia, se los creyeron —nos los creímos...— infinidad de fieles, dependiendo de la vinculación simbólica que cada cual mantuviere con el cristianismo y, más en general, con la religión.

Pero la realidad hubo de discurrir necesariamente para otros —aunque nunca podamos saber cuántos ni en qué medida— por caminos bastante más transitables (so pena de esquizofrenia universal), aún al precio del aborregamiento, del convencionalismo, de pasar a engrosar las filas de ese «hombre gregario» que tantos desprecios mereció a Nietzsche y le merecen al autor; aunque sólo fuera como forma de supervivencia en la que volver, quizás, a sentir algún chispazo pasional. Los textos aducidos articulan la teoría y dan cuenta de realidades, siniestras y terribles en muchos casos —como en el del marido denunciado por su mujer y quemado por prácticas sexuales que, al decir de las estadísticas, son hoy comunes a más de un tercio de la población española— pero no pueden responder de cuanto pasaba del lado de fuera del confesionario, ni en el exterior de la iglesia, ni en todas las alcobas. Eso ha de rastrearse, si es posible y sin duda lo es, por caminos distintos. Sin menospreciar

⁴ Hay ed. española. Brown, Peter. El cuerpo y la sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo. Traducido del inglés por Antonio J. Desmonts. (Barcelona). Muchnik Editores, S.A. (1993). 673 pp.

⁵ Puente Ojea, Gonzalo. Fe cristiana, iglesia, poder. (Madrid). (Siglo XXI de España, S.A.). (1991), en especial, cap. 4 (pp. 162-188).

en absoluto el inmensurable e inquietante poder de control que ha ejercido la Iglesia Católica a lo largo de la historia, sin sepultar en el olvido los horribles sufrimientos de millones de seres humanos que tanto y tan bien nos recuerda el autor, no debemos olvidar a hombres geniales de la época (Miguel Ángel y Bernini, Tiziano y Caravaggio), que lo fueron y cuya obra nos llega, en la medida en que *supieron* y *pudieron* sortear, e incluso saltarse a la torera, no sólo muchos valores y convenciones sociales y políticas (como es el caso de Cervantes), sino también la tan opresiva y omnipresente normativa eclesiástica (aunque fuera por muy poco, como en el de Galileo), poniendo en tela de juicio que el mundo católico fuera tan universalmente obediente como parece. Aunque todo esto requeriría, claro está, mucho más que su mero enunciado; en realidad, otro libro.

Vigía alerta en estos tiempos de crisis, abomina el autor de todo tipo de «ismos», logrando un texto que quiere ser una ávida negación de cualquier convención. A veces llega lejos por este camino, como cuando, apoyándose en su admirado Nietzsche, justifica en estos términos su forma de hacer: «... desconfiamos, como el filósofo aludido de los sistemáticos a machamartillo, por considerar que la voluntad de sistema es una falta de honestidad» (p. 469-70). No sabremos si se lo agradecerán los lectores, pero descargado también de ese peso y a lomos de una erudición de libérrimo y ucrónico uso, arremete el autor contra las ideologías, el cine de Hollywood, los políticos, la Iglesia Católica desde antes de Trento a nuestros días, la televisión, el consumismo, la teoría de la evolución, la atonía del fin del milenio... Desahogo personal contra tirios y troyanos que da fe del brío del autor a la hora de ajustar sus largas e intrincadas cuentas con el universo. Y a través de un medio tan narcisista e inane como suele resultar, al fin y a la postre, la escritura. Un libro, en fin, sobre las pasiones y muchas cosas más, escrito desde un juvenil y arrebatador apasionamiento.

**Fernando Reigosa
Blanco**

La joven novela mexicana*

Parecía difícil, casi imposible, que la narrativa mexicana del XX pudiera ampliarse, enriquecerse, fortalecerse y salir de sus fronteras, agrupada, como estaba, en torno a la obra de dos gigantes como son Octavio Paz y, sobre todo, Carlos Fuentes que al finalizar la década de los 50, con la publicación de su novela *La región más transparente*, marcó el fin de la novela realista del XIX y el paso a la experimentación formal, irrumpiendo, de este modo, en el panorama internacional.

Desde entonces hasta ahora, muchas cosas han sucedido en la sociedad y en la literatura mexicanas. Del amplísimo panorama que ésta ofrece hay que entresacar tres nombres que son un excelente ejemplo de la vitalidad y riqueza de la joven narrativa mexicana: Carmen Boullosa, Bárbara Jacobs y Daniel Sada, terceto que forma parte de un grupo de escritores cuidadosos del lenguaje, interesados en la experimentación formal y testigos de lo que actualmente está sucediendo en México y que Carlos Fuentes resume del siguiente modo: «Es el parto doloroso de la democracia mexicana. Una nación que ha sido regida de una forma autoritaria desde Moctezuma hasta el PRI y con participación de los Habsburgo y los Borbones que nos gobernaron durante trescientos años, de 1525 a 1700. Y Maximiliano, además». Tres autores pues, los señalados, urbanos, que ya se han abierto camino en el intrincado mundo editorial y en el difícil e imposible de la lectura en un

* Vida con mi amigo, *Bárbara Jacobs*. Alfaguara, Madrid, 105 páginas. 1994. *Duerme*, *Carmen Boullosa*. Alfaguara. 135 páginas. 1994. Una de dos, *Daniel Sada*. Alfaguara. 119 páginas. 1994.

país en el que, según las estadísticas, sólo uno de cada 500 mexicanos es lector de libros.

Bárbara Jacobs en su novela, nos da una reflexión sobre la literatura. Todos los presupuestos estéticos que han dado lugar a congresos y libros especializados con el fin de responder a la pregunta: ¿qué es literatura?, se encuentran condensados en esta novela que es, sobre todo, un viaje literario, o mejor dicho, un viaje a través de la literatura: Nabokov, Melville, Borges, Cervantes, Steinbeck, Montaigne, Dante, Conrad, Dorothy Parker, Onetti, Alarcos, Wilde, Apollinaire, Joyce, Gide, Capote, Lorca, Leopardi, Bécquer, Baudelaire, Brennan, Graves, Gibson, Chandler, Machado, Colette... son algunos de los nombres que se dan cita en este libro-viaje que, como dice la autora, uno lo inicia, pero desconoce el desenlace. Muchos son los aspectos que esta autora mexicana trata, la mayoría desmitificadores del mundo de la literatura y que, por lo tanto, proporcionan una visión pesimista de la literatura. Para Bárbara Jacobs, «la república de las letras es una carrera a larga distancia, todos arrancan hacia la meta final, gana el que aguanta más, el que sabe esperar». La lucidez y sinceridad de esta escritora recorre todas las páginas de esta breve novela. La crítica, cruel en muchos momentos, desnuda el alma de los personajes, que no dudan en afirmar que la camaradería entre los escritores es falsa y que todos sufren envidias. Pero, también, la pareja protagonista, además de tener una curiosidad bibliófila insaciable, reflexiona en torno al acto de escribir, tarea difícil y solitaria, además de un acto de concentración; sobre la finalidad de la literatura; qué es lo más importante de un autor, si la vida o la obra; la diferencia entre falsa erudición y saber verdadero; la imaginación debe estar al servicio de la fantasía o de la realidad; cuál es la mejor fuente de inspiración, la vida o la literatura... Otros aspectos a los que se pasa revista son: la melancolía como característica típica de los escritores; la depresión; la incompreensión; el odio; el alcohol; el hambre; la locura; la angustia; la homosexualidad; la muerte; el olvido; el éxito; el miedo al público; el placer del aplauso; el aislamiento; el suicidio; el valor relativo de los premios; la envidia; la vanidad; la ignorancia hacia autores de primera categoría; determinadas actitudes, como la de aquellos escritores que atacan para

sobrevivir, o, la de aquellos que se retiran del mundanal ruido; la ignorancia de críticos y editores; la referencia a aquellos escritores malditos, y la certidumbre de que la gran literatura está llena de perdedores y no premiados. No falta tampoco la referencia a espacios literarios definitivos: Granada, Dublín, Madrid, La Habana, Florencia, Barcelona, Londres...

Vida con mi amigo, es también una intensa conversación entre una pareja de enamorados, amantes de la lectura, una conversación con sus lecturas, como le sucede a Borges con su obra. La lectura es la vida para esta pareja que, de una manera apasionada, pesimista, tierna, feroz, emotiva y sin impostaciones, hablan y hablan de literatura y bibliografía. Es un libro exquisito que nos adentra en un mundo íntimo, lleno de confidencias. La segunda parte de la novela sería, precisamente, una reflexión en torno al amor, la vida en común (quizá sea importante tener en cuenta que la autora es la esposa del escritor Augusto Monterroso), evidentemente, en este caso, compartida por el amor a la literatura, pasión que les servirá para adentrarse en sus emociones y analizar su relación y llegar a la conclusión de que lo mismo que escribir es un acto difícil, que requiere disciplina y esfuerzo, vivir y ser feliz no es algo fácil, es algo que «hay que proponérselo y hay que ejercitarse en alcanzarlo /.../ y cuando ataca la melancolía hay que dominarla o arrojarla de sí, hacerla a un lado». La prosa de esta novela es tersa y clara. Bárbara Jacobs utiliza el diálogo como pretexto para hacer más evidente y compartir mejor su bibliofilia, a la vez que descubrir los matices de la relación en pareja, consiguiendo devolver a la literatura «el carácter de territorio para iniciados que tiene lo sagrado».

Claire, la protagonista de *Duerme*, es víctima de un encantamiento ritual con el fin de ser rescatada de la muerte. Superada ésta, regresará al mundo de los vivos convertida en un ser andrógino que vivirá una existencia confusa e indeterminada, lo cual servirá a su autora para reflexionar sobre la identidad, nota, esta última, de gran interés en un ámbito como el mexicano, y más concretamente el del siglo XVII, época en la que se sitúa la novela, sacudido por el mestizaje, con todo lo que ello significaba de marginación y falta de reconocimiento, en una sociedad que excluía y despreciaba a los